



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 26 DE MAYO DE 2019

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

Tiempos de vientos serenos

LA NOCHE CAE SIN RECELO
OLGA DE LEÓN

“Duérmase mi niña, duérmase ya, que si no se duerme, el Coco vendrá”. Existen en mi memoria pedazos de evocaciones creo que desde la cuna, a lo mejor no de la mía, sino de la de mis hermanitos, o quizá de la de mis hijos. Que he vivido varias veces la vida de la infancia repitiendo canciones y juegos, y aunque escuché las primeras, y jugué los últimos ha ya tantos años, de pronto me acuerdo de ellos.

Y salen por los ojos, o por las yemas de mis dedos cuando golpeo las teclas sobre las que ahora creo: no sé si un poema o un cuento; una fantasía o alguna mentira que yo sola me invento, para mantener entretenidos mis oídos con el cántico del golpeteo, mientras esto voy escribiendo, sin reparar ni parar por ello, en ningún momento, en los dolores que ahora aquejan a mi cuerpo, y en especial a mis hombros, brazos, muñecas y dedos.

Es como si algún hechizo sucediera mientras escribo y el pensamiento se aclara o la imaginación lo seduce y se va lo físico y todo lo que me envuelve se vuelve entre blanco, gris y azul cielo.

“Qué cosas tiene la vida, Mariana”... Qué cosas, que no me acuerdo de todas; pero las que recuerdo es porque están cinceladas en el alma: ¡qué cosas tiene la vida! Y, pensar que son tantas, que imposible es que las recuerde todas.

Por ejemplo, ayer soñé con mi hija y soñaba que ella me regañaba, luego yo hacía las veces de una mujer anciana, una que nunca conocí ni conocieron mis hijos: era la abuela que siempre anhelé, pero nunca tuve. No en vida, pero sí cuando duermo, entonces la veo y me mira con amor para mi desconocido. Porque entonces, cuando veo a la abuela o sueño que yo soy ella, en verdad, os digo que soy: la niña, la joven, la adulta, la vieja y hasta el fantasma que no tiene edad ni hábitat.

Mi fantasma no necesita una casa, como que -según mi tesis- los fantasmas no habitan entre paredes, ni edificios o construcciones algunas. Ellos nos habitan y van a donde nosotros queremos ir, o a donde ellos nos llevan cuando dormimos sin sueños, solo dormimos: caemos en brazos de Morfeo y él se niega a proveernos de sueños. Es, en esos momentos, cuando los fantasmas y seres etéreos aparecen y son nuestros dueños. Hacen de la vida, al menos de la mía, lo que ellos quieren. Entonces se me vuelven reales, aunque nadie me cree, cuando les digo que los veo y que platico con ellos como quien platica con algún viejo y muy querido pariente.

Pero, solo mientras duermo, pues en cuanto despierto, tiemblo, me asusto y luego recuerdo los cuentos y la novela de Juan, esa en la que el personaje recorre un mundo en busca del padre que resulta ser el padre de todos con los que en el camino se encuentra. Y veo claramente cómo de pronto me levanto cuando alguien levanta la lápida y entonces desde dentro de aquella cavidad donde yo estaba muy tranquila, platicando con alguno de mis hermanos o hermanastros, como suelen decir los que no saben que todos somos hijos del mismo padre, la luz del sol o de la luna, según haya sido de día o de noche cuando el tirano vino y levantó la sábana que me cubría por com-



pleto en mi cama, me ciega y me alumbra. Por extraño que eso suene, así mismo es. Cada noche que duermo sin sueño, tengo el mismo sueño que no es pesadilla, solo el retrato de la vida en círculo perfecto: de la cuna al sepulcro y de este vuelvo a la cuna.

Y me veo cantando una tierna (o lúgubre quizás para la Psicología moderna) canción de cuna que a mí me gusta y a mis hijos siempre les fascinó (o, ¿los asustaría a veces? Nunca lo supe, nunca lo sabré). “Duérmase mi niña (mi niño), duérmase ya, que si no se duerme, el Coco vendrá”; esa era una de las que recuerdo haber escuchado. No sé -como ya lo dije- si desde mi cuna, la de mis hermanos o cantándola ante la cuna de mis hijos. ...pero canté muchas otras, que hablaban de elefantitos y hormiguitas con paraguas, de niñas vestidas de azul... con sus zapatitos y su canesú.

La vida es un soplo que en un instante pasa de la infancia a la vejez, por más que tratemos de engañarnos cuando vamos creciendo, pues aunque nos hagamos más pequeños en tamaño, pero nos sentimos grandes y ricos en vivencias, el tiempo y la edad no perdonan. Por si los olvidamos, empezamos con achaques. Y el síntoma más claro de ello, es cuando preguntamos a los hijos por algún evento que pronto tendrán, acerca de qué día exactamente, en dónde y con qué motivo... Y, entonces, sin miramientos e inconscientes del daño que causan, nos dicen: “¡...pero, si te lo acabo de mencionar la semana pasada, te di los datos completos...! ¡Ay, mamá (papá) no pones atención cuando yo te hablo!, siempre parece que estás en otro lado, no te interesa lo mío... Y, pues sí, estoy en otro lado, pensando y preguntándome: ¿será feliz mi hija... lo será también mi hijo?

La noche cae sin recelo, la luz empieza a irse... Pero, ¡cómo ilumina el corazón!, cuando escuchamos un: te

quiero. Y entonces recuerdo cuando fui niña, lo rápido que crecí y la hermosa vida que he tenido. Será gracias a los cuentos, a las canciones de cuna, a las fantasías que alimento y las lecturas que en casa nos acercaron para cuando nada mejor tuviéramos qué hacer... Yo pocas cosas mejores tuve que los cuentos, la imaginación y “las charlas de sobremsa...”.

BOTAFUMEIRO DE COMPOSTELA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Se derrite la cera de la vela. En el incensario arde el aroma a especias. Sobre la mesa, un periódico de poca circulación habla sobre la más reciente emergencia ambiental. Sentado en el sillón, un viejo escucha música y videos a través de un par de audífonos conectados a su teléfono celular. Sintoniza YouTube. Sus piernas son delgadas. En algún momento de su vida se dedicó al sacerdocio, hasta que dejó los hábitos: nunca pensó que pudiera enamorarse.

Ahora se encuentra en la iglesia junto a su amada porque desean renovar sus votos matrimoniales. El rostro se le ha curtido en arrugas, haciéndole colgar pellejos en las mejillas. El posee una mirada noble, que sin embargo no se le nota al agachar la mirada para observar el teléfono celular. Ella ha encendido su computadora para trabajar un poco mientras esperan su cita de las cuatro treinta de la tarde con el párroco de la iglesia. Primero entrará él; luego, ella. Más adelante tendrán la reunión juntos.

Llevar treinta años casados y el olor a incienso le hace reflexionar a él, en lo que hubiera sido su vida de no haberse enamorado. ¿Se perdió de la espiritualidad y conocimiento que brinda la soledad? Los dos están aferrados a hacerse compañía. Compagnan como la leche y el azúcar en el café: desayuno de la vida dedicada al amor.

Ella le pregunta a él: ¿Sigues tan

enamorado como cuando nos conocimos? Él sonríe. Deshecha la idea de no estarlo y afirma con la cabeza, fijando su mirada en la de ella. Y aunque en realidad ambos están cansados, no saben hacer otra cosa más que hacerse compañía. No podrían permanecer solos, separados.

La canción que él escucha en los audífonos es una balada adormecedora, con un bajo de notas blancas que caminan por sí mismas. A la pareja le gusta escuchar música los fines de semana. Las noches de sábado, suben el volumen de las bocinas y dejan que sus almas canten. Recubren sus rostros con personajes que no son ellos, pero cuyas vidas narradas en las letras de las canciones que escuchan, las experimentan en carne propia con un poco de imaginación.

Se meten en el desengaño, en el terror de la muerte, en la alegría de un ritmo joven. Saborean el dolor imaginario de no estar el uno junto al otro. Canciones de juventud que huelen a madero seco, que suenan a golpe de hojas de árbol ante un ventarrón largo y distante.

“Vaya, vaya: Lo que es dejar el amor de Dios por el de una mujer”, se repite él, como lo ha hecho toda la vida. Una costumbre que disfruta exponer ante sus amigos. Una valentía que a todos ellos les agrada, como el olor de una rosa en plena primavera. El salto desde la cima de la montaña a las aguas del mar...

Salen de la iglesia. Caminan tranquilos hacia el auto. Ninguno quiere preguntarle al otro de qué habló con el sacerdote. Tal vez cada uno tenga secretos que guardar, o ninguno quiera escuchar mentir al otro. Se alejan de la iglesia pensando en los hijos que no tuvieron. Ella se retira los anteojos para limpiarlos con la tela de su saco. Se los vuelve a colocar y dice: Me queda claro qué hubiera sido de tu vida si no nos hubiésemos conocido, pero no tengo idea de qué hubiera sido de la mía.



Isadora Duncan

Bailarina norteamericana. Hija de un matrimonio desunido y finalmente divorciado, su instinto la inclinó hacia el baile desde niña. A los diez años abandonó la escuela para dedicarse a su pasión y a los diecisiete se dirigió a Nueva York, donde se incorporó a la compañía de Agustín Daly.

Sintiéndose infeliz, la Duncan abandonó la compañía dos años más tarde y partió con su familia hacia Inglaterra, donde se proponía estudiar los movimientos de la danza antigua en los jarrones griegos del Museo Británico.

Los éxitos comenzaron a llegar de forma inmediata. Con un estilo basado en la danza de la Antigua Grecia, dio una serie de recitales en Londres que despertaron el entusiasmo hacia su persona.

Isadora Duncan afirmaba que el baile debía ser una prolongación de los movimientos naturales del cuerpo, que ella consideraba hermosos y bastante más bellos que los que efectuaban los bailarines clásicos, a los que tildaba de forzados y antinaturales; por ello, se negaba a constreñir los pies en las zapatillas de baile. Sentía una admiración estética por la belleza del cuerpo humano, influida por los cánones de las estatuas y pinturas de la Grecia clásica. Su método coreográfico era una especie de filosofía basada en el convencimiento de que el baile ponía al individuo en comunicación armónica con el ritmo intrínseco de la naturaleza y los cuerpos celestes.

A partir de ese momento, Isadora no dejó de viajar, reclamada por los mejores teatros de Europa. En París se imbuó del espíritu de los escultores Auguste Rodin y Antoine Bourdelle. Más tarde descubrió Italia y el Renacimiento, y se embelesó con el leve y sutil Sandro Botticelli, cuya influencia en su arte es palmaria a partir de aquellos años. Por fin, en 1902, realizó uno de sus sueños: viajar a Grecia y peregrinar a las fuentes del arte de Occidente. Cerca de Atenas, en la colina de Kopanos, comenzó a construir un templo consagrado a la danza, pero los ingresos percibidos por sus giras se revelaron insuficientes para cubrir los gastos y la empresa hubo de abandonarse.

Se encontraba absorbida por esta tarea cuando, el miércoles 14 de septiembre de 1927, decidió tomarse un respiro y dar un paseo en su Bugatti. El dramático accidente tuvo lugar cuando el automóvil recorría veloz la Promenade des Anglais: su largo chal rojo se enredó en los radios de una de las ruedas posteriores del automóvil; Isadora no pudo liberarse del abrazo homicida y murió estrangulada.

Joana Bonet

Aquellas madres coraje

Hubo un tiempo en el que todo lo que ocurría fuera de casa era lo importante, lo prometedor, lo novedoso, mientras en el espacio doméstico la vida discurría con su letra pequeña e inclinada. Mucho antes de que se inventara el coaching, las madres ejercían ya ese papel, entregadas y sacrificadas, pero también críticas y a veces severas. Respondían a la figura de madre asistente, que cuida y educa, aconseja, acompaña y lo que sea necesario. Algunas nos inocularon vocaciones, pues secretamente deseaban que pudiéramos cumplir los sueños que debieron abandonar bien temprano. En teoría no aplaudíamos su sacrificio y las espoleábamos para que tuvieran vida propia, pero, en la práctica, volcábamos en ellas nuestras debilidades dando por hecho que se nos debían por entero.

Acaso por ello les sorprenda tanto a las madres encontrarse con que sus hijos les han preparado un buen ágape como ocurre en el programa de Cayetana Guillén Cuervo Cena con mamá. Ellas,

que no esperan nada, que lo único que se atreven a reclamar es más tiempo con sus hijos, igual que la de Lorenzo Caprile, que lo miraba con un amor totalizador. La generación de las que fueron madres en los sesenta y setenta se aplicó a fondo en la exclusividad de su papel. Sin ellas, no se sostenían el hogar físico ni el mental. Lo cargaban en sus espaldas, procurando que las carencias apenas se apreciaran. Ni se les pasaba por la cabeza pensar que eran obligadas sustitutas del Estado en sus funciones de enfermera, cocinera, limpiadora, puericultora... Dedicaron media vida a velar por sus hijos, y la otra mitad por sus padres. Y nosotros aceptamos el papel que les había sido asignado, en lugar de combatir sus dictados junto a ellas. Cayetana, con su habitual complicidad, les coge la mano y las hace hablar, y ocurre algo prodigioso: se agarran al hilo de la memoria y disfrutan recordando, porque el pasado les abriga la mirada.

La hijidad es más cómoda que la



maternidad. Lo explica Nuria Labari en su libro La mejor madre del mundo (Random House), que va ya por la tercera edición. La maternidad es colonizadora. Enseguida toma territorio, o mejor dicho, lo ocupa, capaz de transformar por completo la identidad de una mujer. Madres trabajadoras, se nos llama aún, y, en cambio, nunca se ha hablado de padres trabajadores. “Ellos mantienen su identidad intacta, sólo añaden una nueva categoría. A nosotras nos cambian

—o nos deben cambiar— todas las prioridades. Ese es nuestro deber ser”, razona Labari. Es urgente la resignificación simbólica del espacio doméstico, porque considerar que el espacio público —político y socioeconómico— es el único que importa devalúa nuestra intimidad. Y nos envilece como hijos que únicamente somos capaces de hacer la cena para nuestra madre por obligación, y no por amor.

ad pedem literae

“Para toda clase de males hay dos remedios; el tiempo y el silencio.”

Alejandro Dumas

Letras de buen humor

“Hay mujeres que quieren tanto a sus maridos que, para no usarlos, toman el de sus amigas.”

Alejandro Dumas